

El Proceso Urbano en el Ecuador

**ANTOLOGIA
DE LAS
CIENCIAS SOCIALES**

**EL PROCESO
URBANO
EN EL
ECUADOR**

**Julio Carpio Vintimilla
Diego Carrión
Nicanor Jácome Bohórquez
Jorge García
Fernando Carrión
J.P. Pérez Sainz
Alfredo Rodríguez
Gaitán Villavicencio
Amparo Menéndez Carrión**



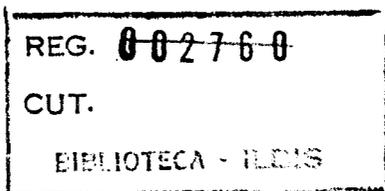
La Serie Antología de las Ciencias Sociales ha sido coordinada técnica y editorialmente por Santiago Escobar.



711
5228 pa

Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, ILDIS.

© ILDIS, 1987



Edición:
Santiago Escobar

Diseño y Diagramación:
Grupo Esquina Editores-diseñadores, S.A.

Secretaría:
Enna Arboleda

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A
Quito, Ecuador.

Las opiniones vertidas en este libro son de exclusiva responsabilidad del o los autores y, por lo tanto, no representan el criterio institucional del ILDIS sobre el tema.

CONTENIDO

Presentación	9
SECCION I	
Balance General de la investigación urbana en el Ecuador	11
Introducción	13
1. Los inicios de la investigación urbana en el Ecuador	14
2. Las vertientes teóricas dominantes	23
2.1 El estructural-funcionalismo	23
2.2 La teoría de la dependencia	26
2.3 La corriente “eclectica”	27
3. Los grandes temas abordados	28
4. Reflexiones generales	36
SECCION II	
Antología de textos sobre el Proceso Urbano	41
Introducción	43
Las etapas de crecimiento de la ciudad de Cuenca-Ecuador, Julio Carpio Vintimilla	47
La renta del suelo y segregación urbana en Quito, Diego Carrión et. al.	81
La marginalidad urbana y el problema de la vivienda del estrato popular Nicanor Jácome Bohórquez	123
Las organizaciones de pobladores en Quito Jorge García	151

La política urbana del Municipio de Quito	
Fernando Carrión	181
Entre la fábrica y la ciudad	
J.P. Pérez Sainz	211
El problema de la vivienda en América Latina:	
El caso de Guayaquil	
Alfredo Rodríguez	
Gaitán Villavicencio	235
La conquista del voto	
Amparo Menéndez Carrión	271
SECCION III	
Bibliografía	293

SECCION II

Antología de textos sobre el Proceso Urbano

1. Introducción

El propósito de esta sección es introducir un factor adicional al balance de la investigación urbana; esta vez sobre la base de un conjunto de textos que consideramos significativos por los aportes que brindan al conocimiento de los procesos urbanos en el país.

La antología busca una mayor aproximación del lector hacia el conjunto de los trabajos, de manera que puede plantearse la posibilidad de reconstruir una visión propia y directa de los procesos urbanos. Es por ello que consideramos, no sólo a esta sección en particular sino al conjunto del libro, como un texto de trabajo inacabado, siempre en proceso.

Si es riesgoso hacer un balance de la temática urbana, de mucho mayor riesgo resulta seleccionar un cuerpo de textos que representen el desarrollo alcanzado por el campo. Siempre habrá el problema de que “no estén todos los que son, ni sean todos los que están”. Se trata, sin embargo, de una etapa necesaria e ineludible.

Los criterios seguidos para la selección de los textos presentes en esta antología provienen de la necesidad de presentar la mayor cantidad de *temas* que tratan lo urbano, de tal manera que el lector pueda tener una visión global del objeto de estudio. Sin embargo, como se trata de una antología representativa de la investigación urbana en el Ecuador, hemos tratado de matizar este criterio con la inclusión de trabajos referidos a diversas *ciudades*, sin que ello signifique una atadura que atente contra la *excelencia académica* del conjunto ni, consecuentemente, contra la expresión fiel del estado en que se encuentra hoy la investigación

urbana¹. Si se han excluido los textos inéditos ha sido por considerar que, en esas condiciones, no han podido generar un impacto significativo en la discusión de los procesos urbanos.

La antología tiene una lógica expositiva que, siguiendo el orden en que se presentaron los temas en la sección I, se corresponde con los criterios señalados. Se ha optado por ofrecer una lectura temática cruzada con la presencia mayoritaria de los estudios referidos a los procesos urbanos de carácter metropolitanos (Quito y Guayaquil), pero no precisamente por ser metropolitanos, sino porque ese es el estado actual de la investigación urbana.

2. Los textos.

2.1. Historia urbana

Etapas de crecimiento de la ciudad de Cuenca - Ecuador

Carpio Vintimilla, Luis 47

2.2. Estructura urbana

La renta del suelo y segregación urbana en Quito

Carrión, Diego; Rodríguez, Alfredo; Guayasamín, Handel; Carrión, Fernando; García, Jorge. 81

2.3. “Marginalidad urbana”

La marginalidad urbana y el problema de la vivienda del estrato popular 123

Jácome Bohórquez, Nicanor; Martínez, Vicente

Las organizaciones de pobladores en Quito 151

García, Jorge

2.4. Políticas urbanas

La política urbana del Municipio de Quito 181

Carrión, Fernando

2.5. Economía urbana

Entre la fábrica y la ciudad 211

Pérez, Juan Pablo

1. Es por ello que los textos seleccionados presentan, parcialmente algunos de ellos o en la totalidad, una combinación de resultados de investigación empírica, teórica y/o metodológica.

2.6. Vivienda

El problema de la vivienda en América Latina: el caso de Guayaquil
Rodríguez, Alfredo; Villavicencio, Gaitán 235

2.7. Nuevos temas

La conquista del voto 271
Amparo Menéndez-Carrión

La conquista del voto*

Amparo Menéndez Carrión

* Artículo publicado en el libro “La conquista del voto”. Editorial Corporación Editora Nacional, Quito, 1986.

Observaciones preliminares

En los dos capítulos precedentes hemos identificado y examinado las principales redes político-clientelares que operaron en las barriadas de Guayaquil, (1952-1978). Hemos descrito y analizado los orígenes, evolución y relevancia de dichas redes al comportamiento electoral de los actores focales, en cada contienda de la serie y longitudinalmente. Así, las elecciones presidenciales de 1952, 1956, 1960, 1968 y 1978, fueron enfocadas como estudio de casos de la formación y dinámica operativa de *máquinas políticas* y *conjuntos de acción* y del papel de ambos *qua* modalidad de enlace entre votantes barriales y contendores electorales.

Queda demostrada la importancia preeminente del clientelismo como marco de referencia para interpretar la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales. Dentro de este marco no solo se torna posible dar cuenta del éxito electoral, entre los actores focales, de determinados contendores, sino también explicar por qué otras candidaturas fracasan en sus intentos por captar sus preferencias. Más importantes aún —desde la perspectiva de este estudio— se torna posible aprehender la naturaleza básica de los vínculos, nexos o enlaces entre los actores focales y las candidaturas de su preferencia.

Este capítulo concluye la tercera parte del estudio con una reflexión acerca de las implicaciones analíticas básicas que se derivan de sus hallazgos. Una primera implicación es la poca utilidad, en ciertos casos, y simple y llana inexactitud, en otros, de las nociones interpretativas a las que tradicionalmente se ha recurrido —apriorísticamente— para dar cuenta de la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales y de su relación con los contendores políticos de su preferencia. Segundo, cabe

una referencia explícita a las nuevas perspectivas que emergen de la indagación planteada en las páginas precedentes acerca de algunas preferencias y relaciones específicas, a saber, las preferencias de los moradores barriales por, y su relación con José María Velasco Ibarra, Carlos Guevara Moreno, Assad Bucaram y Jaime Roldós. Una tercera implicación es la continua vigencia del clientelismo como mecanismo de articulación electoral en el contexto *barriada* en la medida en que este continúe representando (a) una modalidad saliente de inserción ecológica, (b) una manifestación preeminente de pobreza estructuralmente inducida; y (c) un escenario principal para la acción y el comportamiento políticos — con la continua vigencia de mecanismos “efectivos” de control social que ello puede significar.

Acerca de la utilidad analítica de nociones alternativas

Como sugiere la indagación precedente, las redes clientelares locales vinculadas a cada una de las candidaturas centrales examinadas —y preeminentes en la determinación del éxito de Velasco, Guevara y Roldós en las urnas suburbanas— difieren en términos de duración, alcance, extensión (es decir, en términos de la longitud de los encadenamientos entre candidatura y base electoral) organicidad de su estructura, intensidad de los sentimientos de lealtad y compromiso que las caracterizan, etc. Asimismo es diferente en cada caso la personalidad y estilos de liderazgo de los contendores ubicados en el ápice de estas pirámides clientelares.

En efecto, tanto los contendores presidenciales favorecidos por los votantes suburbanos en las contiendas de la serie (v.g., José María Velasco Ibarra, Carlos Guevara Moreno y Jaime Roldós Aguilera), como los dos patrones políticos locales cuyas redes también fueron examinadas aquí (Assad Bucaram y Pedro Menéndez Gilbert) no podrían haber sido más diferentes. Sin pretender más que una rápida caracterización basada, en todo caso, en rasgos ampliamente reconocidos, el cinco-veces-presidente Velasco Ibarra es la figura mítica de la política ecuatoriana; el enciclopedista europeo; el orador legendario; el símbolo de la revolución de 1944; el Gran Ausente, a quien se le han atribuido poderes carismáticos excepcionales, particularmente sobre los marginados urbanos. Por su parte, Guevara Moreno es un político apuesto; un activista de calibre;

un agitador sagaz, decidido a institucionalizar la máquina política de CFP; la oratoria no es su fuerte, sin embargo. Y Assad Bucaram es el hombre tosco, rudo, el “déspota”, el “gran administrador”, el “hombre del pueblo”, en quien el atractivo físico no está presente como “recurso político”. A su vez Pedro Menéndez Gilbert es el “oligarca astuto” con “vocación de pueblo”. Por último, Jaime Roldós Aguilera es el joven profesor universitario de ideas progresistas, que intenta dar a las plataformas políticas coherentes el carácter de elemento principal en su partido. Es además, un orador destacado.¹ Hay, empero, un elemento que sí es constante en todos ellos, a saber, su modalidad de articulación con los moradores: la naturaleza misma de los enlaces que logran establecer con el electorado suburbano que, invariablemente, descansan en el clientelismo —en base a redes que o bien encabezan (Guevara, Bucaram, Roldós) o adjuntan a sí en el momento electoral (Velasco). La habilidad —común a todos ellos— en comprender la naturaleza de suburbio, aceptando a los moradores como son, interpretándolos en sus propios términos, y cultivando su apoyo —ya directamente, o a través de la intermediación de efectivos *brokers* locales—, es el único elemento común entre estos políticos. En lo que al electorado suburbano respecta, ellos representan —al margen de sus diversos estilos y rasgos personales— patrones reales o potenciales, a nivel local o nacional, y son apoyados en las urnas en su calidad de tales.

En lo que se refiere a la dinámica de la relación entre estos contendores *qua* patrones y su base electoral suburbana *qua* clientela, el elemento común es la naturaleza contingente del apoyo —como queda demostrado, más notablemente, por el ascenso y caída de Guevara, como también por el eventual debilitamiento del control de Bucaram sobre sus bases suburbanas, con la emergencia de un formidable competidor en la persona del candidato presidencial cefepista Jaime Roldós, quien comienza a construir, en el seno mismo del partido, una red paralela propia—. La naturaleza contingente del apoyo también queda demostrada por las variaciones en el apoyo a Velasco Ibarra en los distritos *suburbio* a través del tiempo.

1. Los rasgos que tipifican la personalidad de Velasco son esbozados en Cueva (1983), Cuví (1977), Hurtado (1980), Martz (1972), entre otros. Acerca de la personalidad de Assad Bucaram y Jaime Roldós, ver El Conejo 1981a y 1981b, respectivamente. Sobre Guevara, véase El Conejo 1981a, *passim*, y Ortiz Villacís (1977).

De hecho, la preferencia de los electores barriales, si bien constante para la tendencia populista no lo es en modo alguno para los contendores populistas en forma individual, entre una y otra elección. De hecho, e independientemente de las características personales de los contendores y de sus diversos estilos políticos, o de la emotividad y afecto que inspiraran en la base, el apoyo que la base les otorga es contingente, y se evapora, invariablemente, cuando ya no pueden ser retribuidos con los beneficios concretos claves a la sobrevivencia de estos nexos (este es el caso, más notablemente, de Guevara Moreno a fines de 1950 y principios de la década siguiente); o disminuye, a medida que las redes clientelares que sustentan el nexo entre contendor y base se debilitan (este es el caso, más notablemente, de Velasco Ibarra en 1968). Ciertamente, todos los actores que forman parte de las redes electorales detectadas están enlazados por una mutua coincidencia de intereses, que no es permanente, empero —al margen del supuesto carisma de la habilidad verbal, o de otros atributos personales de los candidatos que se encuentran en el ápice de la cadena piramidal—.

Que nociones tales como “ruralismo residual” no son adecuadas para interpretar la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales, se sugirió en los primeros capítulos del estudio —al señalarse la experiencia urbana previa de los moradores en general, como uno de los elementos básicos en su perfil socioeconómico—. Además, lejos de constituir “masas flotantes”, fácilmente “disponibles”, el comportamiento político general de los actores focales, y su comportamiento electoral en particular, está firmemente anclado en la barriada para el grueso de moradores, y debe ser “conquistado”, como se confirmó en el curso de la indagación. La presencia preeminente de redes clientelares, ancladas en la barriada, y su importancia para explicar la naturaleza del comportamiento electoral de los actores focales, demuestra la irrelevancia de la noción de “masas flotantes”. Los hallazgos reportados en los dos capítulos precedentes demuestran, asimismo, lo incorrecto de nociones que interpretan el comportamiento electoral de los actores focales en términos de su presunta “ignorancia”, “ingenuidad política”, “falta de desarrollo político” y similares. De hecho, si la lealtad y apoyo electoral de los actores focales por sus candidatos *qua* patrones (actuales o potenciales, locales o nacionales) es contingente, esto es, necesariamente, porque la prosecución de intereses personales muy concretos y estrechos es lo que constituye el “ce-

mento” de los lazos de unión, en todos los tramos de la cadena clientelar. La naturaleza utilitaria de los enlaces confirma la “racionalidad” y el “pragmatismo” de la base —y su voluntad y capacidad de manipular su contexto inmediato, dentro de las restricciones sistémicas dadas, en beneficio personal—. La indagación sugiere que el comportamiento electoral de los actores focales debe verse como *respuesta* —pragmática— a un sistema que no ofrece sino alternativas estrechas, inmediatistas y personalistas.

La naturaleza utilitaria y contingente del comportamiento de apoyo de los moradores sugiere la poca utilidad de interpretarlo en términos de su presunto “emocionalismo”. Ciertamente, la afectividad no liga a contendores y votantes entre sí *incondicionalmente*. Es la coincidencia mutua de intereses lo que los enlaza, por lo menos temporalmente. La naturaleza contingente de dicha “lealtad” y apoyo político también nos lleva a cuestionar la utilidad de planteamientos que interpreten el comportamiento electoral de los actores focales en términos del “carisma” de los candidatos.

La noción de carisma

Puede argumentarse que el problema de la noción “carisma”, desde la perspectiva del estudio, es no solo su utilidad, menor que la noción “clientelismo” para dar cuenta del comportamiento electoral de los actores focales, sino su potencial incompatibilidad con la última como marco explicativo. A fin de que la noción weberiana de liderazgo carismático, tal cual ha sido interpretada por los analistas de Velasco Ibarra (y de otros contendores políticos latinoamericanos) aplique, la lealtad política de la base debe descansar en la creencia sobre las cualidades excepcionales del líder, independientemente de que se extraigan o se anticipe, o no, la obtención de beneficios concretos a partir de la relación con el líder. En base a sus poderes, el líder carismático lograría ejercer control absoluto sobre sus seguidores. El apoyo, en este caso, es incondicional.² Esto no podría estar más lejos de lo que encontramos en la relación entre los mo-

2. Para un excelente análisis crítico del uso de la noción de carisma como marco de referencia para explicar la naturaleza del éxito electoral de Velasco Ibarra, véase Quintero (1978 b). Adviértase que la crítica de Quintero va más allá de la aplicación de la noción al caso de Velasco Ibarra, hacia la utilidad conceptual misma de la noción.

radores de Guayaquil y sus contendores favoritos, incluyendo a Velasco Ibarra.

Que los contendores apoyados por los moradores en las urnas puedan tener o no atributos “carismáticos” no es un problema que interese debatir aquí. De hecho, no es necesario negar (*a priori*) los presuntos atributos carismáticos de determinados candidatos para proponer la poca relevancia de tales atributos para dar cuenta de la naturaleza básica de los enlaces con los moradores barriales en general.

Por una parte, la noción de carisma no permite dar cuenta del apoyo electoral en forma “objetiva” alguna. En todo caso, una vez que se demuestra la naturaleza clientelar de los vínculos electorales entre los votantes suburbanos y sus contendores favoritos —y las muchas razones “objetivas” que existen para que los moradores consideren que es su interés apoyar a determinadas candidaturas—, no solo se torna innecesario recurrir a explicaciones “subjetivas”, sino también potencialmente contradictorio. En efecto, sería un tanto contradictorio pretender argumentar que la naturaleza básica de los vínculos entre una candidatura dada y el grueso de sus partidarios (en suburbio) descansa simultáneamente en el factor “carisma” (y, por lo tanto, está basada en los “sentimientos” de la base antes que en la “razón”), y al mismo tiempo, en su calidad de ápice real o potencial de una red de patronazgo (lo cual, implica, por el contrario, pragmatismo, contingencia y utilitarismo, por definición)³. Cuando se de-

3. Argumento que aparece en la literatura frecuentemente. Un autor (Navarro, 1982), comienza su artículo sobre el liderazgo “carismático” de Eva Perón, admitiendo que como Weber no ofrecía análisis extenso alguno del liderazgo político carismático, “el concepto permanece vago”. No obstante, Navarro encuentra la noción de utilidad para interpretar la naturaleza del atractivo político de Eva Perón. En todo caso, el propio análisis de Navarro sugiere que la fuente del éxito de Evita entre “los descamisados” descansaba en su *capacidad de respuesta*, y por ende, recalca, de hecho, la naturaleza eminentemente utilitaria de los lazos entre la esposa de Perón y sus seguidores. Sin embargo Navarro no ofrece comentario alguno a las implicaciones conceptuales de dicho hallazgo, en lo que a la validez de su marco weberiano de análisis se refiere. Contrástese el tratamiento de Navarro sobre la naturaleza del atractivo político de Eva Perón, al excelente tratamiento de la naturaleza de la relación entre Juan Domingo Perón y su base en Kenworthy (1973) y Smith (1969). Concluye Smith, “no era tanto que las masas urbanas eran embaucadas por su demagogia carismática, cuanto que estaban impresionadas con su decisivo y efectivo liderazgo” (Smith, 1969: 72). Otro autor (Conniff, 1982), en su estudio sobre el populismo en Brasil (1920-1940), “resuelve” el dilema conceptual considerando “carisma” y “clientelismo” no como factores de refuerzo mutuo, como lo hace

muestra que el comportamiento electoral de un determinado universo de actores constituye, fundamentalmente, *una respuesta instrumental a la situación concreta en que estos actores se encuentran*, recurrir a nociones tales como “carisma”, se torna no solo de dudoso valor analítico, sino innecesario.

Nuevamente, los estilos personales de todos los contendores relevantes al suburbio examinados aquí, difieren. Sería inconducente intentar rastrear los rasgos comunes de personalidad que pueden dar cuenta de su atractivo “carismático”, una vez que se ha demostrado que el factor constante entre ellos reside en cambio, en los mecanismos que utilizaron para extraer apoyo electoral y, claramente, en su habilidad para construir u obtener acceso a una clientela electoral (suburbana) —dentro de estructuras socioeconómicas, oportunidades y coyunturas políticas que estaban básicamente dadas—.

El rol del discurso

Este estudio no incluyó análisis sistemático alguno del discurso de los contendores. Sin embargo, la evidencia recogida en el transcurso de la indagación, es suficiente como para permitirnos plantear un par de consideraciones. Primero, que el discurso de los contendores favorecidos por la mayoría de votantes suburbanos, invariablemente interpela al “pueblo” en general y, a los “marginados urbanos” en particular. El estilo y habilidad verbal podrá ser diferente. Cuan “bien” dicen su “mensaje” es factor secundario; el contenido del mensaje es el elemento común, sin embargo, y se puede ver como factor que refuerza el atractivo electoral de las candidaturas. Segundo, y más importante aún, no es lo que los contendores dicen sino lo que hacen —o se espera que hagan como políticos *qua* patrones actuales o potenciales— lo que genera el apoyo de los moradores. No solo el discurso de Velasco, Guevara, Roldós, Bucaram o Menéndez Gilbert, muestra “su deseo de trabajar por ‘la gente chiquita’”, su asequibilidad, solidaridad y voluntad de “responder”; sino que, en realidad, estando en el poder, “trabajan” por el “hombre pequeño” y son “accesi-

Stein (1982), por ejemplo, sino, “estirando” la noción de “carisma” hasta el punto de hacerla sinónimo de clientelismo. En palabras de Conniff “...De otra parte, la relación basada en la autoridad carismática es una relación de intercambio, en la cual votos y apoyo se otorgan al líder por recompensas en este mundo, ya psicológicas o materiales” (Conniff, *ibid.*: 13).

bles”, “solidarios” y “responden”, *desde la perspectiva de los moradores —dirigencia y base— en formas que extraen su apoyo*. Cuando estos contendores —o las redes clientelares adjuntas a ellos— se debilitan o pierden la capacidad de ejercer un patronazgo significativo, el apoyo electoral se debilita concomitantemente.

En conclusión y resumen, los hallazgos de esta indagación sugieren que los estilos y atributos personales de los contendores —más allá de su rol como patrones reales o potenciales— son, en el mejor de los casos, elementos subsidiarios, y en el peor de los casos, irrelevantes para dar cuenta de la naturaleza de sus vínculos con los votantes suburbanos. Esta proposición no significa negar el papel que tales estilos de liderazgo y atributos personales puedan haber jugado en la emergencia de estos políticos como actores salientes dentro del escenario político ecuatoriano, o su importancia —que puede haber sido clave— para explicar aspectos de la carrera política de estos actores que no tienen que ver con el reclutamiento electoral de los moradores. Además, no pretendemos negar, *a priori* la validez de tales estilos y atributos personales para dar cuenta del éxito electoral de estos contendores entre otros segmentos del electorado (marginados y no marginados) cuyo comportamiento *qua* actores políticos no está firmemente anclado en barriadas marginadas como escenario preeminente de acción y formación de actitudes y cultura política, y cuyo comportamiento electoral no esté ligado a enlaces de índole clientelar. En todo caso, la noción de carisma, tal como se ha manejado en la literatura referente al éxito en las urnas de contendores políticos tales como Velasco Ibarra, es incompatible con la noción de clientelismo como factor explicativo; y el rol del discurso es factor subsidiario para dar cuenta de la naturaleza de los enlaces entre votantes suburbanos y sus contendores favoritos.

¿Cómo interpretar, entonces, las relaciones concretas entre los moradores y sus contendores favoritos en el período 1952-1978? Los párrafos que siguen confrontarán esta pregunta en base a los hallazgos del estudio.

Velasco Ibarra y los votantes suburbanos

Uno de los principales hallazgos del estudio tiene que ver con la naturaleza de la relación entre Velasco Ibarra y los votantes suburbanos, a sa-

ber, que en las tres ocasiones en que el Gran Ausente es postulado a la presidencia en el período (1952, 1960, 1968), su apoyo electoral en Guayaquil y sus barriadas, está invariablemente vinculado a las operaciones de redes clientelares locales que, ya en forma de máquinas políticas o de conjuntos de acción, jugaron un rol preeminente en la efectivización del voto por Velasco. En el suburbio, el apoyo a Velasco no se origina en la presencia de masas “flotantes” y “prestas” a ir espontáneamente (sin que medie “acicate externo” alguno) a las urnas a emitir su voto por el candidato “seducidos” por los poderes carismáticos de Velasco, o “porque habla tan bonito”, o por la “emoción” y “sentimientos” que despierta en los votantes. Ciertamente, tales factores pueden haber jugado un rol preeminente entre otros segmentos del electorado. En lo que al electorado suburbano se refiere, hemos encontrado un patrón consistente, en el cual los votos son efectivizados por intermediarios locales que no operan para movilizar el apoyo de masas eminentemente “sentimentales”, “carentes de desarrollo político” o “ignorantes”, sino de actores tan pragmáticos como sus intermediarios, y con los cuales los intermediarios —no Velasco— tienen una “relación especial”, de índole clientelar.

En 1952, el CFP *qua* máquina política, bajo el liderazgo de Guevara Moreno, está en posición de “transferir” y puede haber movilizado entre el 50 y 63 por ciento del TVV obtenido por Velasco Ibarra en la ciudad de Guayaquil. El conjunto de acción representado por la Federación Nacional Velasquista habría estado en posición de dar cuenta del resto⁴. En

4. Esta estimación, como las que le siguen, son en extremo crudas y se introducen aquí solo para efectos referenciales. Ciertamente, el supuesto de que tal transferencia de votos de CFP *qua* máquina y la Federación Velasquista *qua* conjunto de acción se dio en 1952 se sustenta en los hallazgos que se reportan en los dos capítulos precedentes. La contribución (estimada) del CFP de Guevara Moreno a Velasco Ibarra en 1952, toma el TVV obtenido por Guevara en la elección de Alcalde de 1952 en la ciudad de Guayaquil (13.352 votos) y lo aplica como porcentaje del TVV de Velasco Ibarra en la ciudad en 1952 (26.819), para calcular una contribución mínima posible. El apoyo obtenido por CFP en las elecciones parlamentarias de 1952 (aprox., 17.000 votos en la ciudad) es luego aplicada como porcentaje del voto de Velasco en 1952 para estimar una contribución máxima posible. (Estimaciones realizadas en base a las cifras relevantes, que aparecen en los capítulos, 5, 7, 8). El “residuo” se supone puede representar la contribución posible de la Federación, sin querer implicar con este ejercicio que Velasco, por sí mismo, sin la intermediación de CFP o la Federación, no fuera capaz de atraer electorado alguno a las urnas suburbanas, por cierto.

lo que al grueso de los moradores respecta, es CFP, antes que la Federación, el articulador saliente del apoyo en esta ocasión. Para la elección de 1960, el Alcalde Menéndez Gilbert está en posición de movilizar, como mínimo, el 56 por ciento de la votación que Velasco Ibarra obtiene en los distritos *suburbio* en esa ocasión. Como muestran los dos capítulos precedentes, los intermediarios políticos vinculados poco tiempo antes a Concentración de Fuerzas Populares, miembros de la alta jerarquía del partido, “mandos medios” o dirigencia barrial, van “abandonando el barco a medida que este se hunde” y proceden a vincular sus grupos clientelares a la pirámide electoral de Velasco o, incluso, a otras candidaturas, como la de Galo Plaza, por ejemplo, desligándose del candidato oficialmente respaldado por CFP (Parra Velasco). Estimamos que un 22 por ciento adicional de la votación obtenida por Velasco Ibarra en los distritos *suburbio* en 1960, puede explicarse en términos de la caída de la máquina política guevarista. Así, y como mínimo, es probable que un 78 por ciento del voto obtenido por Velasco Ibarra en el suburbio de Guayaquil en 1960, estuviera vinculado a los esfuerzos de reclutamiento de los varios conglomerados (*clusters*) clientelares que componían su pirámide de apoyo local⁵.

Significativamente, la preferencia por Velasco es más baja en los distritos *suburbio* —y en la ciudad en general— en 1968, cuando carece de una máquina política dentro de su coalición de apoyo y cuando su conjunto de acción local es más débil que en el pasado⁶. En ese año Menéndez

Adviértase que no se hicieron estimaciones para los distritos *suburbio* porque, como se explica en el capítulo 5, los datos disponibles impedían el análisis SSE a nivel distrital para el período pre-1956.

5. Estas estimaciones toman el TVV obtenido por Menéndez en la elección de Alcalde (1959) en los distritos *suburbio* (véase capítulo 7) y lo aplican como proporción del TVV Velasco (1960) en los distritos *suburbio* para calcular una mínima contribución posible. Considerando que Parra obtuvo aprox. la mitad de los votos suburbanos que Guevara obtuvo en la contienda local de 1959, se presume un desplazamiento de la diferencia a Velasco —y en menor medida a Plaza— en el suburbio (estimaciones basadas en los datos relevantes, que aparecen en los capítulos 5, 7, 8).
6. La declinación de popularidad de Velasco en 1968 es un fenómeno nacional que sin duda debió responder a una serie de factores que no podemos analizar aquí. Cabe recalcar que no pretendemos afirmar aquí que el debilitamiento de la fuerza electoral de Velasco con relación a la elección anterior obedece exclusivamente al hecho que las redes clientelares que lo apoyaban eran más débiles esta vez. Estamos simplemente notando que en el caso de Guayaquil y en lo que a los distritos *suburbio* respecta, se observa una variación concomitante que si consideramos, por lo menos, sugerente en el marco del estudio.

Gilbert está en posición de movilizar un 35 por ciento del voto que Velasco obtiene en el suburbio de Guayaquil, junto con José Hanna, cuyo CFP guevarista también apoya a Velasco en esa ocasión. Un 30 por ciento adicional de la votación de Velasco en los distritos *suburbio* puede explicarse en términos de la anexión temporal a su pirámide electoral de intermediarios que, si bien vinculados regularmente a Assad Bucaram y CFP, habían decidido apoyar a Velasco, dado el apoyo “tibio” de Bucaram a Córdova y el hecho de que en esa coyuntura específica, los capitanes distritales habrían estado en libertad de “mover el voto” para candidatos que no fueren el oficialmente apoyado por CFP.⁷

Que la “transferencia” del voto es posible en el caso de Velasco; mientras que no resulta así en el caso de Córdova, no quita la fuerza al argumento de que la intermediación clientelar es invariablemente preeminente para explicar el apoyo de los electores suburbanos en las urnas en los casos que nos ocupan. No es necesario recurrir a nociones exóticas de nexos subjetivos a la personalidad “carismática” de determinados candidatos. Los hallazgos de la indagación sugieren que si la “transferencia” no funciona para Córdova y sí para Velasco, es porque el primero es una figura política ajena al escenario político local y no hay razón alguna para que los movilizados de base relevantes al suburbio y sus redes clientelares lo vieran como potencial patrón a nivel nacional, mientras que Velasco representa, desde esa perspectiva, la única alternativa disponible en esa contienda y Bucaram no pudo (o no quiso) ejercer control alguno sobre su comportamiento de apoyo en esa ocasión.⁸ En lo que respecta a las redes electorales locales relevantes al suburbio, que la “transferencia” del voto se de en determinados casos y no en otros, tendría más que ver con la dinámica del clientelismo político *per se* que con el “carisma” de los can-

7. Nuevamente, estos cálculos se basan en el apoyo electoral obtenidos por Menéndez Gilbert, Hanna y Bucaram en la contienda de 1967 para Alcalde, y aplican el TVV de Menéndez y Hanna (distritos *suburbio*) como proporción del TVV de Velasco en los distritos *suburbio* en las elecciones presidenciales de junio de 1968. Tomando en cuenta que mientras que Bucaram obtuvo 25.445 votos en los distritos *suburbio* en las elecciones de 1967, Córdova obtuvo 7.683 votos menos (de un electorado suburbano que se había incrementado en 10.000 votos entre 1967 y 1968) la diferencia, se presume, fue a Velasco principalmente.

8. Como sugieren los hallazgos reportados en los capítulos 7 y 8, aparentemente Bucaram decide, de hecho, no montar un esquema de reclutamiento mayor para Córdova en Guayaquil en esta ocasión.

didatos, el poder de atracción de su oratoria y otros elementos subjetivistas de esa índole.⁹

Que la mejor manera de interpretar la relación electoral entre Velasco y el votante suburbano es como *manifestación de clientelismo en acción*, y aún más importante, que esa “relación especial” entre moradores y sus intermediarios, pueda de por sí explicar el apoyo de vastos contingentes de electores suburbanos por Velasco, sugiere la necesidad de revisar las interpretaciones convencionales del velasquismo *como fenómeno electoral*, para tomar en cuenta el papel preeminente del clientelismo político como factor explicativo de su éxito en las urnas. La presencia de las llamadas “sub-especies” velasquistas en la estructura de apoyo de Velasco en 1960, que representan varios segmentos de un conjunto de acción nacional—como se viera en conexión con el más fuerte de los triunfos electorales de Velasco a nivel nacional— sugiere la relevancia del factor clientelar para el análisis del velasquismo *qua* fenómeno electoral a nivel nacional.

En efecto, el más significativo de los atributos y recursos de Velasco *qua* político, puede haber residido no tanto en su presunto carisma, sino en su disposición misma a jugar el papel de vehículo o instrumento preeminente para la prosecución de los objetivos e intereses personales de la más amplia de las clientelas electorales: “todos aquellos que venían a él”—por razones utilitarias propias—; todos los actores de su heterogénea pirámide de apoyo— con la intensa competencia (y conflicto) entre los intermediarios potenciales para constituirse en intermediarios favoritos del Presidente Velasco *qua* patrón que ello implicó.

Sugerimos que si se trata de aproximarnos al éxito electoral de Velasco, desde la perspectiva de sus atributos personales, lo que sí cabe des-

9. Es interesante notar que aún entre los velasquistas prominentes que fueron entrevistados, detectamos afecto genuino por Velasco (por razones vinculadas a sus atributos personales), en sólo un caso. Como el contenido de las entrevistas revela, en todos los otros casos, la relación con Velasco se sustenta en una mutua coincidencia de intereses objetivos. Además, mientras que el mito de la vinculación emocional e irreflexiva de las masas nos fue repetida una y otra vez por sus colaboradores cercanos, no logramos encontrar a nivel de los moradores tan solo una instancia de tan ferviente ligazón afectiva. Velasco es visto en la barriada, invariablemente, como “un buen señor” y a veces como “todo un héroe, ese Velasco”. La afectividad, si estuvo presente en alguna medida, fue claramente manifestada por los entrevistados barriales en conexión con la persona de Guevara, Bucaram, Roldós y otros políticos locales, más que con respecto a Velasco.

tacar —más que su presunto “carisma” — es su excepcional comprensión de la dinámica electoral en un contexto político como el ecuatoriano, donde el (a) personalismo estructuralmente inducido y el pragmatismo político son rasgos preeminentes; y (b) la “flexibilidad” requerida de los políticos para obtener por lo menos una lealtad temporal de la base asume alto valor como recurso político, si de ser electo se trata; mientras que la construcción, organización y consolidación de un partido con elementos doctrinales claros y consistencia ideológica, como guía del accionar de sus miembros, puede “hacer peligrar” la posibilidad de aglutinar una coalición electoral —aún cuando tenue— tan amplia y diversa como sea posible que permita el acceso al poder a través del voto. La reticencia de Velasco Ibarra en conformar un partido político que pudiera “atarlo” de alguna manera, como también la utilización de una convenientemente laxa red de “amigos políticos” que le permitía ser invariablemente ubicado en el rol de potencial patrón (a nivel presidencial) por un espectro de partidarios tan amplio como fuera posible, es, sin duda, la más pragmática de las estrategias, “idealmente” adecuada a un contexto político informal como el ecuatoriano. Por ende, Velasco representa el candidato “ideal” desde la perspectiva de dicho contexto, el más pragmático de sus actores, y no coincidentalmente, el de mayores posibilidades de acceso al poder a través del voto, en el período en consideración.

El liderazgo cefepista y los votantes del suburbio

Las relaciones de Carlos Guevara Moreno, Assad Bucaram y Jaime Roldós, respectivamente, con los votantes del suburbio, han sido detenidamente tratadas en capítulos precedentes. Poco cabe agregar aquí, excepto enfatizar algunas implicaciones que se derivan del análisis de la relación en cuestión.

En lo que a Guevara Moreno respecta, los hallazgos del estudio permiten afirmar que el Capitán del Pueblo representa el principal organizador de bases barriales de Guayaquil en el período 1947-1978 y, sin duda, el primer político que comprende la importancia de apelar a los sectores marginados, cultivándolos *qua* electorado potencial de manera sostenida, y excepcional en su habilidad para comprender la ética utilitarista del grueso del electorado al que tiene que apelar, traduciéndolo en apoyo

político para sí y CFP —que, desde la perspectiva de los sectores marginados, más que un partido, representa una máquina política.

Ciertamente, los lazos de índole afectiva, emotiva, y la “mística” son componentes visibles del movimiento que Guevara logra organizar, secundado por el formidable equipo que logra conformar. Sin embargo, la “mística” y afectividad en torno al movimiento y su líder, no pudieron impedir que la lealtad a Guevara Moreno fuese contingente. El apoyo a Guevara simplemente se evapora en las barriadas suburbanas, tal como sucede con cualquier otro contendor una vez que se torna claro que ya no está en posición de ser vehículo “efectivo” para la prosecución de los intereses personales de sus partidarios —mientras que otros políticos sí están en posición de serlo y de acogerlos en sus redes electorales. Que el apoyo de los moradores pueda ser tentativo y contingente aún para alguien como Guevara, que trabaja tan de cerca con las bases, que les demuestra su voluntad y capacidad de respuesta cuando está en posición de hacerlo, que además monta una estructura de patronazgo bajo su control, subraya la ética utilitaria de los moradores —bases e intermediarios—. Una vez que la máquina política que Guevara conduce entra en crisis y surgen alternativas potencialmente más provechosas, Guevara es simplemente abandonado por sus partidarios. Menos de una década después, el Capitán del Pueblo se convertiría en un actor político de importancia electoral marginal.

El siguiente extracto de entrevista complementa, agudamente, las observaciones anteriores. En palabras de la madre de un ex-dirigente del barrio Santa Ana:

Mi hijo trabajó por todos esos políticos. En el momento de las elecciones él hablaba con sus amigos del barrio y *formaba comités para el candidato que él creía iba a ganar y había venido a verlo*. Mi hijo era muy activo. Trabajó por Guevara, Menéndez y Bucaram... (*Entrevista N° 38*; el énfasis es nuestro).

También el apoyo a Bucaram es contingente, como se refleja en el eventual debilitamiento de su control sobre las redes clientelares inherentes a la estructura del partido, al emerger Jaime Roldós como competidor plausible, dentro del propio CFP. En cuanto a Roldós, los hallazgos del estudio proveen una nueva perspectiva sobre la naturaleza del atractivo

electoral de su candidatura al ubicarlo en el rol, raramente mencionado, de ex“hombre de relación” para muchos moradores, con vinculaciones barriales que antecedían a su candidatura presidencial y lo hacen, desde el momento en que esta es proclamada, un potencial patrón a nivel nacional en los ojos de muchos votantes suburbanos, factor clave para explicar por qué logra construir una estructura de intermediación clientelar paralela desde dentro de CFP, que socavara la propia red de Bucaram durante el curso de la propia campaña electoral de 1978.

¿Por qué las candidaturas centrales examinadas son favorecidas por los moradores y otras no? ¿Por qué algunas no logran captar el apoyo del grueso del electorado barrial? Como se desprende de nuestra indagación, los contendores favoritos del suburbio representan, desde la perspectiva de los moradores, la única alternativa electoral disponible en cada caso, ya por ser las únicas presentes en su escenario inmediato y que cultivan su apoyo de manera más o menos permanente, o por ser los únicos contendores que (a) se habían vinculado a aquellos que sí estaban presentes y cultivaban el apoyo suburbano y/o (b) tenían antecedentes políticos que permitían ubicarlos en el rol de potenciales patronos. En palabras de uno de nuestros entrevistados barriales.

...En el comienzo Bucaram tenía por costumbre venir por aquí con el doctor Guevara. Cuando el doctor Guevara se fue, el pobrecito, todos mis vecinos se volvieron bucaramistas. Formaron comités para Bucaram; también para otros, pero los más sustantivos eran de Guevara y Bucaram porque eran los más conocidos por aquí en el barrio, porque todo el tiempo estaban viniendo...(*Entrevista N° 36*).

Dice otro morador,

En un tiempo todos eran guevaristas aquí en el barrio. ¿Por qué? Porque les resultaba. Claro que muchos aquí estaban siempre, como quien dice, ‘al arranche’, *listos para apoyar al que caía por aquí*: si caía Guevara, eran guevaristas; si caía Menéndez, eran menendistas, y después bucaramistas... Yo no he sido nunca muy político. Pero aquí uno tenía que hacerse, por el interés. (*Entrevista N° 25*; el énfasis es nuestro).

La continua vigencia del clientelismo político para dar cuenta de la naturaleza de las preferencias de los moradores barriales *Qua* electores

Como demuestra la indagación precedente, los patrones políticos y sus redes clientelares así como surgen y se desarrollan, eventualmente caen. La indagación también sugiere, sin embargo, que en la medida en que la barriada permanezca como escenario político principal para el grueso de sus residentes, y dado un contexto sistémico que no solo permite sino que induce tanto a residentes como a políticos a recurrir a mecanismos clientelares, los primeros como compensación a su precariedad, los segundos como fuente de apoyo político, la modalidad básica del reclutamiento de apoyo permanecerá invariablemente clientelar.

Del mismo modo, los asentamientos urbanos espontáneos y las barriadas aparecen, crecen y se consolidan, y, eventualmente, muchas dejan de constituir el principal escenario político de sus residentes. Que la necesidad colectiva y las oportunidades para recurrir a las relaciones clientelares pueda declinar en algunas barriadas con el paso del tiempo, no significa que bajo las condiciones socioeconómicas prevalecientes, por una parte, la consolidación de las viejas barriadas no sea sino parcial (vastos bolsones de precariedad residencial severa persisten alrededor de las principales arterias de las barriadas consolidadas, por ejemplo) y, por otra, que nuevos asentamientos no continuarán emergiendo para reproducir el ciclo que se cierra en las viejas barriadas.

El proceso de reclutamiento en sí podrá tornarse cada día más complejo con la permanente expansión del suburbio; y con la aparición de nuevas alternativas electorales de relevancia barrial —a medida que más políticos “descubren” la importancia de “trabajar el voto” de este segmento del electorado, y a medida que asegurar la lealtad de los intermediarios locales (en todos los tramos de la pirámide de apoyo) se torna cada vez más difícil—. Nuestros hallazgos sugieren, sin embargo, que mientras las condiciones estructurales de precariedad e inseguridad continúen produciendo segregación residencial en forma de barriadas, y *el contexto sistémico continúe siendo institucionalmente excluyente para los marginados, en forma colectiva*, el clientelismo político perdurará. Por ende, puede anticiparse que el éxito electoral en las barriadas continuará estando

inextricablemente ligado a la habilidad de un candidato (a) en cultivar el apoyo de los moradores más o menos consistentemente, construyendo redes clientelares propias, y con esa base, una estructura de intermediación que le asegure, por lo menos, lealtad temporal y una cobertura tan amplia como sea posible en las, crecientemente “decisivas”, barriadas o (b) en establecer enlaces efectivos con quienes sí las tienen, con la consiguiente perpetuación de formas de participación política afines a un contexto de control social que ello implica.

Epílogo

Los primeros moradores del barrio Santa Ana habían llegado a la zona en 1947. Para 1978 el barrio tenía una extensión de 192 cuadras (90 ha., aprox.) y era un área relativamente consolidada del suburbio. Su población, de cincuenta familias en 1952 (300 residentes, aprox.) había crecido para 1978 a 50.000 residentes, aprox¹⁰. A medida que el barrio crecía, la densidad aumentaba y se volvía cada vez más frecuente la vivienda por inquilinato (de cuartos, más que viviendas), especialmente en la arteria principal del barrio (Gómez Rendón). Muchos sectores del barrio comenzaban a parecerse a los tugurios centrales de la ciudad.

La gran mayoría de residentes continuaba siendo pobre, pero con el tiempo la vida había mejorado en el barrio, desde la perspectiva de sus moradores: la mayoría de residentes había obtenido seguridad de tenencia; el transporte público “ya no era un problema”; algunos servicios de infraestructura (electricidad y pavimentación —parcial— de calles; relleno, —también parcial—, tuberías de agua potable, mas no alcantarillado) habían sido provistos y la dotación de escuelas, iglesias, servicios médicos “no estaba mal” en opinión de los moradores, que solo lamentaban la carencia de espacios verdes y canchas de deportes en el barrio. Los antiguos moradores que no habían podido mantener sus “terrenitos” se habían trasladado a otros sectores, en los linderos del distinto (*Febres Cordero*), por ejemplo, al “suburbio nuevo”; o a la rápidamente creciente zona del Guasmo en el distrito *Ximena*. Habían aparecido nuevos residentes en el barrio, con capacidad de costearse la compra de un terrenito

10. Según las estimaciones de un sacerdote, una maestra y un paramédico de Santa Ana. Entrevistas N^{os} 20, 22, 29.

y hacer algunas mejoras a sus viviendas con el tiempo. El barrio había comenzado a incluir, asimismo, números crecientes de residentes con empleo relativamente estable —que habían podido comprarle el lote a los moradores originales cuya mayor precariedad les inducía a plegarse a los contingentes de nuevos “colonizadores” (de nuevos asentamientos espontáneos)—, como también algunos estudiantes universitarios, hijos e hijas de los fundadores del barrio. Con los cambios experimentados en Santa Ana desde su surgimiento, en términos de su “evolución urbana”, de la composición socioeconómica de su población, y de la consolidación residencial de muchos residentes, los moradores reafirmaban su identificación con la clase media, auto-definiéndose como miembros de “la clase media” y como “residentes del centro”. Para 1978, el sentido de “comunidad” y la solidaridad mantenida hasta los primeros años de la década del setenta, había declinado dramáticamente. Los vecinos habían comenzado a “encerrarse” en sí mismos...“cada uno en lo suyo” ...Con la creciente heterogeneidad en la composición socioeconómica del vecindario, la barriada era cada vez menos un escenario de comportamiento político. En la medida en que las oportunidades para establecer y cultivar vinculaciones de tipo político se tornaron cada vez más escasas, la relación entre los moradores y las estructuras partidistas (y los políticos) se modificó. El comentario de uno de los primeros moradores —con nostalgia por “los buenos viejos tiempos”— de que “en la elección de 1978 casi no hubieron comités políticos para nadie aquí en el barrio”, manifiesta en forma dramática los drásticos cambios ocurridos. (*Entrevista N° 34*).

Muchos vecinos coincidían en observar que mientras que “antes teníamos los comités, las reuniones, las fiestas, la unión entre familias, ahora ya no¹¹”. Esto se debía a que, en palabras de un morador —un carpintero que había vivido en el barrio por treinta y seis años y estaba planeando cambiar la estructura de su casa de caña y madera a cemento en el momento de la entrevista (mediados de 1983)— “La cosa es que aquí ya no necesitamos nada más” (*Entrevistas N° 20 y 34*). Por ello y como los moradores comentarán una y otra vez a la autora,

En 1978 los vimos pasar a los candidatos a la presidencia con sus comitivas. Sólo pasaban. Ya no pararon aquí. Se fueron a sus comités de

11. Comentario extraído de la entrevista N° 38 y confirmado en las entrevistas N°s 20, 29, 30, 42, 34.

más afuera en la parroquia Febres Cordero. Pasaban rápido y no paraban. Creo que iban al Cisne... más afuera. (*Entrevista N° 34*).

La observación de que “yo voté por Roldós...el alma bendita” porque “se lo debía al partido después de tantos años de lucha...de ser tan buenos con nosotros” (*Entrevista N° 20*), es también un reflejo de la naturaleza de las actitudes y comportamientos de la mayoría de residentes entrevistados en Santa Ana, en la elección de 1978.

No todas las zonas del barrio estaban pavimentadas o servidas con una infraestructura más o menos completa en el momento de la entrevista (1983). De hecho, de la Gómez Rendón hacia el sur, en un perímetro que comprende 24 cuadras, las calles carecían de pavimentación o servicios completos, y las viviendas se tornaban cada vez más precarias a medida que nos alejábamos de la principal arteria del barrio, hacia el sur. En una de esas cuadras se ubicaba el único comité que encontramos funcionando en la barriada, al momento de las entrevistas. El comité en cuestión era del CFP, ahora liderado por Averroes Bucaram, hijo de Don Assad, y funcionaba en casa de un congresista del partido.¹² El Congresista-(nombre omitido) era a la sazón un hombre corpulento, de aspecto tosco, en sus tempranos cincuenta, propietario de una flota de camiones, quien había llegado al congreso nacional como representante alterno. Si nuestros varios intentos de entrevistarlo fracasaron (el congresista aceptó ser entrevistado en un comienzo y posteriormente se negó, aparentemente

12. No tengo record alguno (excepto por mi diario de trabajo de campo), de las conversaciones mantenidas con los tres miembros de la clientela política del congresista. Las peculiares circunstancias de nuestros varios encuentros con estas personas impidieron grabar las conversaciones. Nuestra primera conversación fue en presencia del congresista a cuya casa/comité nos habíamos acercado por primera vez, para ver si aceptaría ser entrevistado. Su actitud en ese momento fue demasiado aprehensiva como para que nosotros contempláramos la idea de utilizar una grabadora en ese momento. Las conversaciones posteriores con sus tres clientes fueron mantenidas en ausencia del patrón, mientras que esperábamos que el congresista apareciera (por aprox. 30 minutos), hasta que su esposa nos dijo que él “había ido al centro” y nos pidió que volviéramos en un par de días. Cuando lo hicimos, tres días más tarde, los mismos hombres estaban allí, el congresista no apareció y al salir nosotros de la casa, visiblemente disgustados, uno de los clientes corrió detrás nuestro para decirnos la razón por la que el congresista se negaba a concedernos la entrevista. Conversamos con el joven y uno de sus amigos por unos treinta minutos adicionales en medio del camino. Las circunstancias en torno a estas conversaciones fueron difícilmente conducentes, nuevamente, al uso de una grabadora. Si bien escribimos la esencia de las conversaciones mantenidas, la noche misma en que los tres encuentros tuvieron lugar, la riqueza del diálogo se perdió, desafortunadamente.

porque, en palabras de uno de sus clientes, “el Director del Partido le boicoteó la entrevista” (v.g., le había prohibido al congresista conversar con nosotros), lo que pudimos observar en dos visitas adicionales a su casa/comité, fue suficiente como para sugerir la presencia de un conjunto clientelar operativo, en torno a su figura.

Llegamos por primera vez un jueves en la tarde, a esto de las 3:00 p.m., y encontramos al congresista sentado en el área principal (un cuarto de 3 m. por 5 m., con un asiento de madera para tres personas, una mesita rústica en el medio, y dos sillas, una radio y algunas fotos de revista pegadas a la pared) de su precaria vivienda. Lo rodeaban tres hombres, que fumaban, tomaban cerveza y conversaban —y quienes no se dirigían a nosotros a menos que el congresista les hiciera un gesto, supuestamente “discreto”, indicando que podían hacerlo—. En determinado momento el dueño de casa se ausentó por un buen rato, y los tres hombres se volvieron comunicativos en su ausencia. Estos tres hombres formaban parte de la clientela del congresista, como constaté en dos visitas subsiguientes a la casa/comité del congresista, en su ausencia. En un caso se trataba de un hombre de no más de treinta años que esperaba conseguir del congresista un empleo como camionero o chofer de bus en esos días, a cambio de lo cual estaba dispuesto a trabajar con él para CFP en las próximas elecciones presidenciales (1984) como él mismo revelara cándidamente. Los otros dos hombres eran “vecinos del Jefe”, ambos en sus medianos cincuenta. Dijeron visitar la casa del congresista “por lo menos pasando un día” para ver “lo que el Jefe está haciendo, lo que necesita, especialmente ahora que se vienen las elecciones”. Ambos “trabajaban” con él, si bien la naturaleza exacta de su “trabajo” no quedó muy clara.

Una de nuestras entrevistadas en el barrio Santa Ana, a quien conocimos antes de descubrir el comité en cuestión, era una lavandera, quien al momento de la entrevista estaba “tratando de conseguir de algún modo...un dinerito extra”, para terminar de rellenar el patio de su casa, en la parte de atrás de su (precaria) vivienda. Vivía allí con su hija (17 años, madre soltera) y su nieta (1 año), a media cuadra del congresista. En el momento de la entrevista estaba planeando “trabajar en el comité de Don— (nombre del congresista omitido)”, porque, en sus propias palabras, “él es el único que hay por aquí. Y uno tiene que sobrevivir, usted me entiende?...ver qué puede hacer la política para ayudar a uno a sobrellevar esta vida...” (*Entrevista N° 20*).